

FLAMENCO

## Homenaje a Valderrama

**XXVII Festival del Cante de las Minas**

Cante: José Mercé, Chocolate, Antonio Saavedra, Juanito Valderrama, Cabrero.

Toque: José Luis Postigo, Merengue de Córdoba, Niño de Pura.

Baile: Carmen Ledesma.  
La Unión, 5 de agosto.

**ÁNGEL A. CABALLERO, La Unión**  
ENVIADO ESPECIAL

Lo más aplaudido de la noche fue quizá *El emigrante*, esa canción sentimentaloides que en tiempos fue popularísima en este país. Y como asistíamos a un festival flamenco, la cosa me pareció tristísima.

Valderrama no nos privó de ella y de otras parecidas, y de los recitados horteras que tanto daño hicieron al cante en una época pasada.

Y entre col y col... unas malagueñas, unas tarantas, unos fandangos, el polo con la soleá. Todos ellos fueron dichos con su forma dulzona y blanda, que a mucha gente gusta y que, desde

luego, gustó al público de La Unión.

Quizá el Festival del Cante de las Minas debía este homenaje al *cantaor*, pero el arte flamenco no debe nada a un hombre que —habiendo salido del cante— realizó su carrera artística arriado al árbol mucho más fructífero de la canción popular y que, sin embargo, es ahora del flamenco del que recibe las mejores satisfacciones.

El cante de verdad, el cante por derecho, lo hicieron Mercé y Chocolate. Mercé con fuerza, rompiéndose, se olvidó por suerte de la apatía que nos había parecido observar en él en algunas de sus últimas actuaciones. Y nos dio ese arte suyo de garra, tan efectivo, en que el grito emocional y lastima.

### Equilibrio y sabiduría

Chocolate puso el equilibrio, la sabiduría, en un recital justo y medido que desarrolló con ejemplar solvencia. Malagueñas, soleares, tarantos y los peculiares

fandangos de su creación le sirvieron para demostrar que este *cantaor* sigue ahí, que está en un gran momento y que no se le puede dejar de lado al hablar de los mejores.

El Cabrero, por fin, estuvo en su línea habitual, contando con el entusiasmo de un sector importante del público y la indiferencia o el escepticismo de otro.

El baile tuvo en Carmen Ledesma una intérprete elegante, con empaque, que no precisa del desmelenamiento para expresarse. Baile sereno, sin convulsiones, con un excelente juego de cintura para arriba, le sobra, quizá, una cierta frialdad que distancia a la oficiante del espectador, pero su baile por soleá, con el cante muy bueno de Saavedra, fue interesante.

Postigo fue el guitarrista infatigable de siempre, cumpliendo bien. Merengue estuvo un tanto irregular, no acertando a veces en el acompañamiento que debió hacerle a Chocolate. Y el Niño de Pura, como siempre también, efectista.